

## El poder militar en la Argentina del Centenario, 1910-1914\*

**Fernando García Molina\*\***

### *Introducción*

Cuando el general Julio A. Roca lanzó el programa de profesionalización del ejército en el curso de su segunda presidencia (1898-1904), estaba colocando, como afirmó Alain Rouquié, la primera pieza del poder militar en la Argentina.

El proceso reformista se extendió entre 1900-1901, años de la fundación de la Escuela Superior de Guerra y de la sanción de la ley de servicio militar obligatorio y 1915, cuando en las postrimerías del régimen que Natalio Botana llamó el orden conservador, se sancionó la ley de ascensos y retiros N° 9675.

Uno de los componentes fundamentales del programa de reforma resultó ser el influjo que la escuela militar de la Alemania imperial ejerció sobre sus líneas generales. Dicha influencia, como es sabido, se inició con la creación de la Escuela Superior, se expandió y consolidó entre 1904 y 1910 y sufrió una interrupción prolongada y aparente a partir de 1914, cuando comenzó la Gran Guerra europea.

No es nuestra intención discutir aquí, de manera integral, la hipótesis que vincula automáticamente el proceso mencionado con la predisposición que más tarde demostró el ejército nacional para invadir la esfera de las instituciones políticas.

Sí demostrar que la combinación de profesionalización orientada por el paradigma militar alemán con la situación internacional y el contexto económico y social que afectaron a nuestro país durante el período decisivo que se extiende entre el Centenario y 1915, proporcionó al ejército argentino los contenidos ideológicos, la capacidad operativa y la cohesión socio-profesional que lo condujeron, más tarde, por el camino del intervencionismo político.

---

\* El presente trabajo, en su versión inicial, mereció la mención de "altamente destacable" entre los 232 presentados en el concurso de Ensayo Histórico del diario *La Nación*, 1994.

\*\* Profesor de la Universidad de Buenos Aires.

## *A la búsqueda de un modelo militar (1900-1910)*

Es conocido que el programa destinado a crear el moderno ejército nacional surgió —tal como lo asegura la versión tradicional— como una respuesta a las dificultades que planteaba el curso de las relaciones argentino-chilenas.<sup>1</sup>

Como parte de una acción estratégica que procuraba revertir o, por lo menos, neutralizar el peso que las estrechas vinculaciones militares existentes entre chilenos y alemanes pudieran ejercer a favor de los primeros en caso de que estallase una guerra, la diplomacia de Roca inició un ostensible acercamiento a la Alemania del Káiser.

El centro de gravedad de este movimiento estuvo en el programa de cooperación militar entre ambos países que el presidente propuso y cuyo primer episodio consistió en contratar a un grupo de prestigiosos oficiales germanos con el fin de que organizaran y dirigiesen la Escuela de Guerra.

Aun así el proceso innovador siguió, en sus primeros tramos, un rumbo ecléctico: a la influencia francesa en la formación teórica —con excepción de la mencionada Escuela— se opuso la supremacía teutona en el área de los armamentos.

A partir de 1904-1905, por decisión del presidente Manuel Quintana y de su ministro de Guerra, general Enrique Godoy, el ejército fue colocado bajo la exclusiva influencia de la escuela militar prusiana. La profesionalización se convirtió en sinónimo de germanización.

Un conjunto de factores dio renovado impulso al proceso iniciado un lustro antes. En primer lugar, la tensión que caracterizó, entre 1904 y 1910, a nuestras relaciones con el Brasil, como consecuencia de problemas de límites, de la creciente carrera armamentista y de los enconos personales que enfrentaban a los respectivos cancilleres.

En segundo término, la amenaza constante de las conspiraciones anti-roquistas:<sup>2</sup> debilitaba el frente interno y colocaba a la Argentina en una situación estratégica comparativamente desventajosa en el caso de que la guerra efectivamente se declarase.

Una revolución radical se produjo, efectivamente en febrero de 1905 y aunque fracasó, hizo evidente que algunas de sus causas radicaban en las condiciones de un ejército cuyo grado de politización e indisciplina era inversamente proporcional al de cohesión que exhibía un cuerpo de oficiales gravemente fragmentado. A neutralizar la fuente de descontento que significaba la división producida entre “jóvenes” y “viejos” oficiales y la angustiada lentitud con la que se verificaban los ascensos,<sup>3</sup> se dirigió la ley orgánica militar N° 4707, sancionada a fines de ese mismo año. La ley intentaba

- 
1. Otra interpretación es la que formula Alain Rouquié. *Poder militar y sociedad política en la Argentina* (Buenos Aires, 1981). t. I, p. 81 y ss.
  2. *Archivo General de la Nación (Archivo del general Julio A. Roca, en adelante AGN, AGU)*. Legajos 94 y 95. Correspondencia recibida. 1900. Agosto-diciembre. Sala VII.
  3. “El ejército argentino a fines de 1905”, en *Revista Ilustrada del Rfo de la Plata* (en adelante *RIRP*), año XVIII, N° 293, primera quincena de diciembre de 1905, p. 2270.

acelerar la renovación del cuadro de oficiales, no sólo porque de este modo se abrían mayores espacios para progresar en la carrera y se “limpiaba” de radicales al ejército sino porque también se allanaba el avance de los “jóvenes turcos” que se encontraban comprometidos con la doctrina militar alemana.

### *La unidad de doctrina...*

Como lo destacó un legislador de condición militar en el curso de los debates legislativos de 1905, los oficiales argentinos habían recibido una formación teórica tan variada que resultaba difícil no calificarla de caótica:

“por eso —relataba con vivacidad el diputado Domínguez— cuando a varios oficiales que estudiaron en Europa se les pide la resolución de un problema militar, se tienen siempre tantas soluciones distintas como escuelas han servido para resolverlas.”

La variedad de influencias señalada determinaba “la inestabilidad de toda reglamentación militar” e impulsaba “a cambiarlo todo sin más tiempo que el de traducir el libro para aplicarlo, dando hoy un decreto que se corrige mañana, modificando mañana lo de ayer y más tarde volviendo a lo de hoy”.<sup>4</sup>

Renovadas hipótesis de conflicto a nivel regional, politización de un cuadro de oficiales insatisfecho profesionalmente y la ausencia de la unidad de doctrina, eran cuestiones cuya resolución dependía, según lo pensaban sus partidarios, de la adopción integral de los principios de la nueva escuela.

Sólo ésta podía asegurar el desarrollo del ejército nacional sobre bases modernas, sostenía en 1910 el coronel Hans von Below, instructor de la Escuela Superior, en carta a quien señalaba como el oficial nativo más capacitado para liderarla desde el Ministerio de Guerra. El coronel José F. Uriburu, pues de él se trataba, era el único en condiciones de atraer hacia las nuevas ideas a los partidarios “de la escuela vieja”; sólo él podía “convencer” y no “vencer” a los “jóvenes viejos” que se oponían a aquéllas.<sup>5</sup>

El fundador de la futura era del poder militar desempeñó, en efecto, un papel nunca antes señalado por nuestra historiografía en el proceso de incorporación y de adaptación del modelo militar prusiano en nuestro medio. Su ingreso a la Escuela Superior de Guerra en el 1900 marcó una instancia decisiva en la carrera de Uriburu por varias razones: porque cuando a fines del año siguiente egresó de sus aulas como oficial diplomado de estado mayor, había sido ganado ya por los alemanes y por su modelo; porque se convirtió en el líder del grupo de militares “reaccionarios”, según el lenguaje de la

4. *Congreso Nacional. Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados* (en adelante, *DIPUTADOS*). 7 de agosto de 1905, t. II, p. 176.

5. *AGN, AGU*. Legajo 1, documento 59. Hans von Below a José F. Uriburu. Florencia (Italia), 3 de abril de 1910.

época, dispuesto a llevar adelante un programa de modernización que se identificaba de manera integral con el modelo germano;<sup>6</sup> porque allí obtuvo la oportunidad de incorporarse por dos años al Regimiento N° 1 de Artillería de la Guardia Imperial del ejército prusiano.<sup>7</sup>

Este era el hombre de "confianza" de los alemanes en el ejército argentino. Uriburu no los defraudó. Personalmente o por medio de sus allegados difundió los principios de la escuela moderna tanto en el ambiente militar como civil; el amplio grado de control de los mecanismos de vinculación entre uno y otro ejército que obtuvo como director de la Escuela Superior entre 1907 y 1913, lo ofreció siempre al servicio de la influencia alemana y, por último, participó activamente de la elaboración y puesta en práctica de una serie de reformas internas de la institución militar que demostraron su conocimiento del modelo elegido y la influencia que los instructores alemanes ejercían sobre él.

La Escuela y Uriburu mantuvieron un control considerable del proceso de selección de los aspirantes a incorporarse al ejército imperial. La decisión adoptada por el gobierno argentino en 1905 de enviar, cada año, una variable cantidad de jefes y oficiales exclusivamente a Alemania a realizar estudios de perfeccionamiento fue, sin duda, la conquista más importante que obtuvo la escuela militar prusiana en nuestro país.

Al contacto directo que los oficiales argentinos tenían con los instructores alemanes de la Escuela Superior, se sumó sucesivamente la experiencia que significó la incorporación a las unidades de tropa, el paso por los cursos de las academias de guerra y la observación de las maniobras anuales del ejército alemán.

La relación personal que los jefes sudamericanos se disponían a entablar con la elitista casta de oficiales prusiano-alemanes debía generar efectos por definición positivos sobre ellos y sobre la institución en general: en primer lugar, por el sentido germano de la disciplina y de la fidelidad a la autoridad político-militar del Káiser; en segundo término, porque una prolongada estancia en el seno de esa máquina aceiteada que era para los militares argentinos el ejército alemán, produciría como resultado oficiales homogéneamente formados.<sup>8</sup>

La experiencia impresionó intensamente a los soldados argentinos.

"Ud. (Uriburu) que conoce bien esto —informaba uno de los 205 oficiales que según hemos detectado en el Boletín Militar pasaron por el ejército europeo entre 1905 y 1914— se puede dar cuenta de esta grandiosa

6. *AGN, AGU* 1.6. Alonso Baldrich a Uriburu. Buenos Aires, 12 de marzo de 1902.

7. *Archivo Histórico del Ejército*. Legajo personal del teniente general José F. Uriburu, N° 13.200.

8. Al mismo fin tendió la adopción masiva de los reglamentos alemanes, que condensaban "la experiencia secular de un pueblo expertísimo en las cosas de la guerra". *Ministerio de Guerra. Memoria presentada al H. Congreso de la Nación por el Ministro General de Brigada Rafael M. Aguirre, 1907-1908*. Buenos Aires, 1908, pp. 105-106.

maquinita que se llama ejército alemán (...) y la impresión que le causa a una persona que no la ha visto nunca".<sup>9</sup>

Un oficial más antiguo no compartía el entusiasmo que en los más jóvenes despertaba el modelo germano y formulaba al respecto un juicio muy agudo: una corta estadía en Europa no podía "cambiar fundamentalmente la educación" de un hombre que había vivido toda su vida en un ambiente distinto.

"Reconozco que se adquiere un barniz siempre favorable al fin que se persigue, pero nada más. La educación verdaderamente sólida, dura, la que conviene e interesa al país y el Ejército debe adquirirse aquí, en la propia casa".<sup>10</sup>

Un profesor alemán de la Escuela de Guerra extraía una conclusión similar: los jóvenes militares argentinos que habían servido en Europa no podían, en tan sólo un año, "imbuirse del espíritu tan diferente del cuerpo alemán de oficiales y de la comprensión exacta de nuestros reglamentos e instituciones de ejército".<sup>11</sup>

Las reservas que suscitaba la solidez del aprendizaje de los principios de la escuela alemana que, como vemos, asaltaban a propios y a extraños fueron corroboradas cuando se conocieron los resultados de dos informes que entre 1909 y 1910 elaboraron el citado von Thauvenay y el general von der Goltz.<sup>12</sup>

El cuadro de la preocupante situación en la que se encontraba el ejército después de cinco años de predominio prusiano no provocó, sin embargo, una reacción masiva contra éste. Nadie se atrevía a cuestionar públicamente la supremacía del modelo y el "barniz" de profesionalismo que otorgaba el haber estado en contacto con aquél agotaba las expectativas de la mayoría de los oficiales dispuestos a adquirir el prestigio social que les resultaba hasta entonces tan esquivo como a desarrollar una carrera meteórica. La diferencia se planteaba, pues, en el plano de la estrategia que debía seguir el ejército para consolidar la reforma. Mientras unos proclamaban la conveniencia de evitar introducir cambios en la política militar de modo de permitir la maduración de los éxitos obtenidos,<sup>13</sup> otros, con Uriburu a la cabeza, tendieron más que nunca a aferrarse a la convicción de hallarse en el camino correcto y a la idea de que llegarían mejores resultados sólo de persistir en esa elección. Si el ejército —parecían extraer estos últimos como conclusión— no se encontraba en condiciones de enfrentar con éxito un conflicto armado con

9. *AGN, AGU*, 1, 51. Martín Bortagaray a Uriburu. Alemania, 27 de agosto de 1909.

10. "Crónica del Círculo. Un discurso del coronel Moscarda", en *Revista del Círculo Militar* (en adelante, *RECIMI*), N° 117, setiembre de 1910, p. 936.

11. *AGN, AGU*, 5, 95. Perrinet von Thauvenay (teniente coronel honorario). "Informe sobre el ejército argentino". Belgrano, setiembre de 1909.

12. Von Thauvenay, "Informe..." y *AGN, AGU*, 5, 102. Colmar von der Goltz (coronel-general). "Impresiones militares de la Argentina". Buenos Aires, 1910.

13. Ver, *RECIMI*, año X, N° 119, t. XXV, noviembre de 1910, N° 11, p. 1024.

algunos de sus vecinos —como revelaban los informes citados— no lo era en absoluto por haber adoptado el modelo alemán sino por no haberlo hecho en el grado y con la determinación adecuados.

Así, en un artículo que pocos días antes de la asunción del presidente Roque Sáenz Peña publicó *La Nación*, Uriburu analizó en términos muy elogiosos al ejército chileno.

De este modo urgía a profundizar la reforma al llamar la atención de los dirigentes conservadores acerca de las dificultades que había encontrado la doctrina militar germana para imponerse en nuestro medio. El poderoso ejército trasandino —colocado en cambio desde 1886 bajo la orientación de una misión militar germana— poseía un estado mayor excelente, “como en Alemania (...) propulsor de una doctrina”, deslizaba Uriburu. Ese no era el caso del ejército nacional.

“El hecho de resolverse un día a tomar de modelo al ejército alemán —subrayaba el autor— marcará una fecha memorable en la historia de aquel país. Sin entrar en mayores disquisiciones sobre si el rumbo elegido era o no el mejor, sus hombres dirigentes sólo se preocuparon de que era bueno”.

La decisión bastó para plantear una lucha entre los elementos conservadores “que abundan en todas las instituciones armadas” y los que veían en el pasado una fuente de inspiración para alcanzar el ideal “de perfeccionamiento, de progreso y de civilización”.

Uriburu asumía en el terreno militar una actitud progresista, innovadora y abierta a las influencias externas, por oposición al carácter conservador y nacionalista que atribuía a los oficiales tradicionalistas, opuestos a la escuela alemana. Los hechos habían contestado por sí mismos —sostuvo el militar argentino— a los que, también en Chile procuraron

“explotar el amor propio nacional; y los chilenos nos acaban de demostrar que ni las características de raza, ni las costumbres y rutinas son suficiente valla para impedir la adaptación de los sanos principios [alemanes] consagrados por la experiencia”.<sup>14</sup>

La exhortación que Uriburu lanzaba a la clase gobernante local no podía ser más directa pero no por ello impresionó demasiado a sus destinatarios; entre los militares que no creían posible tener “un sistema propio” para formar al ejército alcanzó, por el contrario, una considerable repercusión.<sup>15</sup>

Las ideas que Uriburu expresaba en el artículo de marras se parecían, sospechosamente, a un programa de acción cuando el presidente electo no había designado aún a su ministro de Guerra. Desde principios de año, efectivamente, circulaba la versión del nombramiento de “von Pepe” en ese

14. *AGN, AGU.* 5, 1. “El ejército chileno en las fiestas del Centenario”. Original del artículo publicado por el coronel Uriburu en *La Nación*, 2 de octubre de 1910.

15. *AGN, AGU.* 1, 66. Ismael Lugones a Uriburu. Buenos Aires, 2 de octubre de 1910.

cargo, tal como era el deseo manifiesto de los instructores alemanes y de la embajada de ese país en Buenos Aires, quienes lo consideraban el principal promotor de la escuela moderna. Sáenz Peña no fue impermeable a esas insinuaciones y, de hecho, ofreció el cargo a Uriburu en una entrevista personal que sostuvieron.<sup>16</sup>

Este nunca ocupó la cartera pero el ministro finalmente designado —el general Gregorio Vélez— se hallaba estrechamente vinculado con aquél. Ambos compartían un mismo origen salteño, ambos habían participado de la revolución de 1890 del lado de los derrotados y se destacaron en la represión de la sublevación radical de 1905; Vélez era considerado como un oficial proalemán de modo que, según señalaban todos los indicios, el peligro de un retroceso en el impulso reformista como consecuencia del cambio de gobierno, había desaparecido si es que alguna vez existió.<sup>17</sup>

### *La escuela militar alemana en su apogeo*

Porque lo que se desató a continuación fue una masiva ofensiva progermana como consecuencia del notable aumento de poder que dentro del ejército había obtenido Uriburu durante los primeros tramos de la presidencia de Sáenz Peña.

El director de la influyente Escuela Superior tenía acceso irrestricto al despacho ministerial; desde octubre de 1910 y hasta 1913, presidió el Círculo Militar y a principios de 1912 obtuvo la presidencia de la Comisión Especial responsable de proponer las modificaciones al texto de la ley orgánica de 1905.

La *Revista del Círculo Militar* fue portavoz privilegiado de la corriente proalemana. “Nuestros reglamentos —proclamaba con acento triunfante Beobachter en 1912— constituyen, por decirlo así, la última palabra” en tanto habían sido extraídos de los de ese “gigantesco” ejército alemán. “Hay algo de grande, algo de sublime en ese ejército”: la unidad de doctrina y la uniformidad casi absoluta de criterio para aplicar los reglamentos de las distintas armas.<sup>18</sup>

A los artículos de divulgación se sumaron los frecuentes banquetes y recepciones de homenaje a los oficiales germanos que se realizaban en los salones del Círculo. En el que se celebró en octubre de 1911, por ejemplo, estuvieron presentes el embajador alemán, el ministro de Guerra, altos funcionarios militares, alumnos de la Escuela de Guerra y delegaciones de oficiales de las guarniciones más cercanas. Uriburu aprovechó un público tan numeroso para responder a las críticas que suscitaba la escuela alemana y para destacar la tarea de sus oficiales que dejaban como legado “hijos

16. *La Argentina*. 6 de octubre de 1910, p. 6.

17. Jurgen Schafer. *Deutsche militärhilfe an Sudamerika (Militar und rustungs interessen in Argentinien, Bolivien und Chile vor 1914)* (Dusseldorf, 1974), p. 84.

18. Beobachter. “Los reglamentos están hechos para que se cumplan”, en *RECIMI*, año XII, t. XIX, Nº 142, setiembre de 1912, Nº 4, pp. 252-254.

espirituales” y la semilla de la futura grandeza del ejército argentino.

La presencia del general Vélez, continuó el orador, acentuaba la importancia del reconocimiento y alentaba a perseverar en “las orientaciones que emergen de las doctrinas sustentadas desde la Escuela Superior de Guerra”.<sup>19</sup>

El ministro dio, efectivamente, su apoyo activo a la presencia germana cuando ésta más lo necesitaba: en 1913 proclamó sin vacilaciones la victoria de los principios de un ejército “que desde hace más de medio siglo viene marcando el derrotero militar del mundo con sus estandartes incontestadamente victoriosos”.

La confianza sin límites que depositaba en las virtudes del modelo no le había impedido, al introducir las reformas que su ministerio estaba aplicando, tener en cuenta que muy recientemente

“habíamos cambiado el molde de nuestro ejército, adoptando uno quizá demasiado perfecto, pero que siendo extraño al medio, al temperamento de la masa y a los antecedentes históricos debía tener en contra, dificultando su experimentación, además de los inconvenientes naturales que originan por un lado la falta de práctica y por el otro las tendencias avanzadas, todo género de resistencias creadas por los anhelos conservadores, fuertemente apoyados en sentimientos nacionalistas.”

Sólo la perseverancia en el sistema había podido conducir a la etapa en que “los métodos alemanes” eran “asimilados con facilidad y entusiasmo por nuestros oficiales, quienes están acordes ahora sobre el fundamento científico de los mismos, su lógica irrefutable y su eficiencia indiscutible”.<sup>20</sup>

El coro de alabanzas que destacaba el prestigio del modelo prusiano alcanzó su mayor intensidad cuando el propio Sáenz Peña elogió públicamente las clases inaugurales de dos profesores extranjeros de la Escuela en mayo de 1912.

Cuando el triunfo de la influencia militar alemana se dibujaba como incuestionable, los sucesos de la política europea permitieron reavivar la aletargada resistencia que su avance había generado antes de 1910.

El comandante Eduardo Maligne, en la línea pro-francesa que lo caracterizaba por su origen, retomó su oposición al modelo alemán con la fuerza que le insuflaba un contexto internacional mucho más favorable a su postura;<sup>21</sup> en el ámbito político, la campaña antimilitarista que desplegó el Partido Socialista marcó el comienzo de una todavía limitada reacción contra la adopción del paradigma alemán en el Congreso.<sup>22</sup>

19. En *RECIMI*, año XI, t. XVII, N° 131, noviembre de 1911, N° 11, pp. 388 y 390.

20. *Ministerio de Guerra. Memoria presentada al Congreso Nacional por el Ministro de Guerra, General de Brigada Gregorio Vélez, 1912-1913*. Buenos Aires, 1913, pp. 8-9.

21. Augusto Maligne (teniente coronel). “Dos fotografías”, en *RIRP*, año XXIV, N° 464, segunda quincena de febrero de 1913, p. 63 y “A propósito de la guerra del Balcán”, en *RIRP*, segunda quincena de junio de 1913, año XXIV, N° 472, p. 197.

22. *Diputados*, 5 de junio de 1914, t. I, p. 600 y ss.

A fines de 1912 las derrotas sufridas por Turquía en el curso de la primera guerra balcánica introdujeron serios interrogantes sobre la viabilidad de adoptar una poderosa estructura militar foránea por parte de países menos desarrollados. El ejército otomano había sido organizado y entrenado por una misión alemana presidida por el conocido general von der Goltz.

Los instructores de la Escuela de Guerra no dejaron de temer a los "efectos de demostración" que los acontecimientos en los Balcanes habrían de producir sobre el prestigio de su ejército.<sup>23</sup> Nada ocurrió, sin embargo, que pusiera en verdadero peligro la supremacía teórica de la escuela germana. Pero contra todas las previsiones de aquéllos, algunos de los jóvenes y progresistas oficiales sudamericanos que habían recibido la formación prusiana y que gracias a ésta, en buena parte, ocupaban ahora posiciones expectables en la jerarquía castrense, se revelaron escasamente dispuestos a mantener en los hechos una ciega lealtad a sus maestros.

Un renovado fervor nacionalista en la enseñanza coincidió en 1913 con los contrastes turcos pero, sobre todo, con el relevo de Uriburu de la dirección del instituto superior. Sus sucesores iniciaron, en efecto, una tenaz campaña de hostigamiento cuyo propósito parecía ser el de eliminar a los representantes de la escuela germana de las cátedras y de la Escuela más que a recusar sus principios.

El entredicho estalló en julio de 1913, con el nuevo director interino, teniente coronel Severo Toranzo, y se prolongó con el sucesor de éste, coronel Alberto Noailles. Ambos oficiales eran considerados no como enemigos del modelo prusiano sino todo lo contrario pues pertenecían al grupo de "jóvenes turcos" que alentaban un vigoroso proceso de modernización y gozaban de un excelente concepto entre los instructores y las autoridades militares germanas. Toranzo había estudiado en Italia antes de 1905 y desempeñado funciones de agregado militar argentino en Alemania; Noailles era ex-alumno de la Escuela de Guerra de Berlín.

Toranzo procuró aprovechar el ascendiente que al parecer tenía sobre el presidente de la República para recortar el amplio margen de acción que los profesores extranjeros se habían habituado a desplegar durante la gestión de su antecesor. Comenzó así el incidente más grave registrado desde la época en que se habían enfrentado el coronel Alfredo Arent, primer director de la Escuela y el ministro Pablo Riccheri. Toranzo introdujo un "sistema de espionaje" destinado a controlar la puntualidad de los asesores con la intención de provocar de este modo sus renunciaciones. La formación y perfeccionamiento de los futuros oficiales de estado mayor habría de quedar, entonces, en manos de los profesores y de las autoridades militares argentinas.<sup>24</sup>

Según la versión transmitida por el teniente coronel Wilhelm von Faupel, él y sus compatriotas habían discrepado tan gravemente con el flamante

23. *AGN, AGU*. 1, 98. F. von der Goltz a Uriburu. Berlín, 20 de diciembre de 1912.

24. Warren Schiff. "The influence of the German Armed Forces and War industry on Argentine, 1880-1914" en *Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, august 1972, vol. 52, N° 3, p. 446.

director que únicamente el respeto que guardaban hacia las buenas relaciones germano-argentinas y a la amistad con el coronel Uriburu, impidieron que el asunto pasara a mayores. El proceder de Toranzo durante el incidente hizo “desaparecer completamente la confianza que forzosamente debe ser la base del trabajo común del director con los profesores alemanes”. Según el relato de von Faupel, Toranzo había demostrado que carecía de las condiciones y el tacto que se necesitaban para “tal posición”. La situación de los instructores se volvió tan difícil que comenzaron a desear “volver cuanto antes a Alemania”, aunque von Faupel esperaba que el regreso de Uriburu de una misión militar y diplomática que cumplía precisamente en aquel país, permitiera solucionar felizmente el entredicho.<sup>25</sup>

El retorno del ex-director y su intervención directa, pues informó del asunto al ministro Vélez, fueron infructuosos; cansado de tantear salidas más diplomáticas, el embajador alemán insinuó ante el ministro de Interior, Indalecio Gómez, la posibilidad de que las relaciones comerciales se deteriorasen si no se encontraba rápidamente una solución a favor de su postura. Sólo entonces Toranzo presentó su renuncia a la dirección de la Escuela.<sup>26</sup>

La actitud que asumió el sucesor de Toranzo anunció que la victoria teutona había sido pírrica. Por iniciativa de Noailles, a principios de 1914, el instituto completó su cuerpo docente con la incorporación de profesores suplentes de nacionalidad argentina elegidos entre sus ex-alumnos. La medida perseguía garantizar la continuación regular de los cursos y ampliar los espacios reservados a los oficiales destacados en un destino prestigioso, formando un “cuerpo nacional de profesores, cuya razón de ser” estaba “fuera de discusión”.<sup>27</sup>

La disposición fue casi providencial pues el estallido de la Gran Guerra, a principios de 1914, interrumpió el flujo de oficiales argentinos con destino a Alemania y puso abrupto final a la presencia germana en nuestro medio.<sup>28</sup> Las circunstancias internacionales precipitaron así lo que se vislumbraba como el resultado de una política más gradual, destinada en efecto a reemplazar con el tiempo a los instructores alemanes pero no necesariamente a recusar la validez de su sistema y de sus principios.

### *Conformación de la mentalidad militar*

Hacia 1914 el ejército argentino reunía los componentes de lo que ha sido denominado como “la mentalidad militar”.<sup>29</sup> un fuerte sentimiento naciona-

25. AGN, AGU. 1, 104. Wilhelm von Faupel a Uriburu. Buenos Aires, 11 de julio de 1913.

26. Schiff, “The influence...”, p. 447.

27. *Ministerio de Guerra. Memoria del Ministerio de Guerra. 1913-1914*. Buenos Aires, 1914, p. 12.

28. Schiff, “The influence...”, p. 447.

29. Morris Janowitz. “La organización interna de la institución militar”, en Rafael Bañón, José A. Olmeda (compiladores), *La institución militar en el Estado contemporáneo* (Madrid, 1985), pp. 130-132.

lista, una concepción elitista de sí mismo y una ideología política opuesta a la política constituyeron rasgos indispensables de su misión salvífica.

En tanto el ejército se identifica con el estado nacional —según lo define Janowitz—, su nacionalismo tiende a asumir la perspectiva de un conflicto potencial con otros estados nacionales; hacia el interior, a medida que la institución resulta más representativa de la estructura social, su ética profesional conduce al oficial a abandonar los lazos de adhesión particularistas —familiares, regionales, locales— para reemplazarlos por los del amor a la patria y la entrega al servicio de toda la nación.

El ejército argentino no sólo se debía a esa nación sino que era “la nación en armas”, tal como había escrito y demostrado el mariscal von der Goltz y enseñaban sus discípulos de la Escuela de Guerra.

Es probable que la ola de nacionalismo que se levantó por la época del Centenario haya surgido primero en el seno de la elite que por entonces creía ver madurar ciertos factores considerados peligrosos para la supervivencia del estado tanto como para sus intereses particulares; lo cierto es que rápidamente confluyó con la de los militares —o se extendió hacia éstos— por naturaleza predisuestos a recibirla. Civiles y militares coincidían, entonces, en la necesidad de revigorizar la fibra nacional y ¿qué mejor ejemplo para hacerlo que el que brindaban el pueblo, el gobierno y el ejército alemanes en la lucha casi solitaria y, sin duda, desigual que sostenían en Europa?

A lo largo de casi tres décadas, la Argentina había estado en más de una oportunidad al borde de conflictos con países vecinos, sin contar las amenazas más lejanas pero no menos reales que significaba el expansionismo estadounidense, la intervención europea en Venezuela y la atmósfera cargada de belicismo que precedió el estallido de 1914. Estos hechos, entre otros, destacaban los inconvenientes que afrontaba la seguridad de un país demasiado abierto a los vientos de la política mundial.<sup>30</sup>

El nacionalismo exacerbado y el tenso clima internacional condujeron, pues, a la reaparición de una problemática nunca totalmente ausente de la literatura castrense pero que en el contexto mencionado cobraba nueva vigencia. La prioridad de la defensa nacional —inseparable de la cuestión de contar con un ejército preparado para la guerra—, la guerra misma y el militarismo fueron expresamente reivindicados por la *Revista del Círculo* y por su ex-presidente en el curso de 1914.

“Los pueblos a los que invade el horror de la guerra —se citaba en aquélla— son pueblos que se acercan a su ocaso, condenados a desaparecer”. General von Gossler. Ministro de Guerra.” ... de Alemania.<sup>31</sup>

“No se debe olvidar —escribía otro oficial argentino que había pasado por las filas del ejército alemán— que por tradición y por herencia debemos

30. Tulio Halperín Donghi. “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina, 1810-1914”, en *El espejo de la historia* (Buenos Aires, 1987), p. 225 y ss.

31. “Servicio militar de tres meses”, en *RECIMI*, año XIV, t. XIII, Nº 159-160, marzo-abril de 1914. Nº 3 y 4, p. 152.

mantener en el concierto de las naciones sud-americanas un lugar preponderante”<sup>32</sup>

Incorporado el principio de que la guerra resultaba una necesidad de la defensa o de la expansión, desde la perspectiva de los militares argentinos resultaba casi inevitable dar el paso siguiente: glorificar el militarismo.

El curso de la guerra europea daba —según Oberlain— una respuesta inequívoca a quienes se preguntaban por los requisitos de la defensa nacional: era necesario un ideal de grandeza como el que animaba a Alemania y también su militarismo que, “tan combatido por ciertas tendencias avanzadas” contribuía empero “poderosamente al orden y progreso de las instituciones” de aquel país, “regido por individuos que han aprendido a rendir culto al orden, a la disciplina y que no obedecen más ley que la de la conveniencia común en interés de la Nación”.<sup>33</sup>

Uriburu también aportó lo suyo al coro de alabanzas que rodeaba al militarismo germano, “ilustrado” y “civilizador” y no “bárbaro e ignorante como en Méjico”.<sup>34</sup>

El nacionalismo hizo entonces un aporte fundamental al contenido autoritario de la mentalidad militar; unificó las distintas versiones que de aquél convivían en el ejército: el que derivaba de su compenetración con el estado nacional; el que se expresaba en el nivel estrictamente castrense, anti-germano y tradicionalista, el de los “viejos”; por último, el que aportaba el ejemplo de la nación alemana reivindicado, sin temor a caer en contradicción, por los partidarios de su modelo militar aplicado en la Argentina.

Nacionalismo y ejército establecieron una identificación que nunca habían tenido antes y el matrimonio fue de larga duración.

Cuando parecía que el sentimiento de pertenencia a una nación se desvanecía irremediablemente en nuestro país, algunos militares creyeron necesario definir los componentes de esa identidad languideciente: el patriotismo era el valor supremo; el rechazo del materialismo egoísta, del liberalismo y de la inmigración, una necesidad...

Si el “amor a la patria” —que en Alemania se traducía en un sentimiento “rayano en la idolatría”—<sup>35</sup> debía ser “una religión”, los intereses predominantes en la sociedad argentina giraban, de modo peligroso para el gusto militar, alrededor de otros valores, exclusivamente materiales.

“El ambiente está monetizado; volviendo la vista en torno —escribía indignado un oficial— observamos con profundo desaliento que las palabras ‘ganancias y pérdidas’ son corrientes hasta en los niños y que

32. Arturo Clifton Goldney (capitán). “Cultura moral del soldado”, en *RECIMI*, año XIV, t. XXIV, Nº 165, setiembre de 1914, Nº 3, p. 120.

33. Oberlain. “Nacionalidad”, en *RECIMI*, año XIV, t. XXIV, Nº 167, noviembre de 1914, Nº 5, pp. 308-309.

34. General (José F.) Uriburu. “Socialismo y defensa nacional”, en *RECIMI*, año XIV, t. XXIV, Nº 166, octubre de 1914, Nº 4, p. 227.

35. Oberlain. “Nacionalidad”, p. 309.

se siente algo como rubor en exteriorizar amor por el suelo en que nos cupo la honra de nacer.<sup>36</sup>

En la medida en que la familia, la escuela y la sociedad argentinas se revelaban tan escandalosamente inoperantes para inculcar los valores patrióticos a la juventud, la misión que en ese sentido debía cumplir el ejército resultaba aún más urgente: muchos de los hijos de los inmigrantes venían al ejército “llenos de prejuicios y prevenciones contra la necesidad de su existencia” y si bien estaban “ampliamente dotados desde el punto de vista físico” adolecían “de taras morales e intelectuales”.<sup>37</sup>

La reacción nacionalista adquiría así rasgos xenófobos y antiinmigratorios, anti-urbanos y anti-proletarios. La legislación —sugería Oberlain— debía poner dique a los extranjeros, a esas “masas heterogéneas” en las que “abundan incapacitados y pordioseros inútiles”, que invadían el país “sin selección alguna y atentando por su número y calidad contra la nacionalidad argentina”.<sup>38</sup>

La política de “gobernar es poblar” —uno de los principios del más puro liberalismo alberdiano— había mezclado “al intelectual con el ácrata, al labrador honrado con el destructor por instinto, al sano de cuerpo y alma, en una palabra, ¡con el degenerado o contrahecho!”, denunciaba alarmado el autor.<sup>39</sup>

Eran los inmigrantes inútiles los que pululaban en “las calles de la ciudad, como verdaderos parásitos en aguas estancadas” y a pesar de ello recibían la triple protección de nuestras leyes, del hábito social de preferirlos a los criollos y la de sus cónsules y plenipotenciarios.<sup>40</sup> La inercia de los legisladores y la imprevisión de los dirigentes políticos transformaba a los ciudadanos argentinos “en un pueblo de burócratas”,<sup>41</sup> mientras que los “nuevos elementos étnicos” que a diario se incorporaban a nuestra población, traían a ésta “ideas avanzadas”, de “consecuencias nocivas y perniciosas”.<sup>42</sup>

Pero no era únicamente el inmigrante en sus versiones proletaria y revolucionaria el que provocaba la animadversión del nacionalismo militar: el extranjero enriquecido iba “acaparando las heredades del criollo” condenado “a la miseria o a la burocracia, que al fin es lo mismo”, mientras que a las empresas foráneas se entregaba nuestro patrimonio.<sup>43</sup>

Los militares percibían de este modo el deterioro de los términos de la alianza que existía entre la clase terrateniente nativa y los extranjeros que controlaban los mecanismos de comercialización y de transporte de nuestros

36. Clifton Goldney. “Cultura moral...”, p. 118.

37. Clifton Goldney. “Cultura moral...”, p. 121.

38. Oberlain. “Nacionalidad”, p. 310.

39. Oberlain. “Nacionalidad”, p. 310.

40. Oberlain. “Nacionalidad”, pp. 310-311.

41. Oberlain. “Nacionalidad”, pp. 312-313.

42. Clifton Goldney. “Cultura moral...”, p. 119.

43. Oberlain. “Nacionalidad”, p. 311-312.

productos al mercado externo. La política desarrollada por los gobernantes argentinos —aseguraba Oberlain— nos arrastraba a “convertirnos no en una nación libre, próspera y fuerte (...) pero sí en inmensas factorías, regidas por las conveniencias de gobiernos extranjeros”.<sup>44</sup>

El segundo componente de la mentalidad militar es el de la imagen puritana y anti-corrumpa que elabora de la propia institución. El autocontrol que en la vida pública y en la privada ejercía el cuerpo de oficiales constituía un instrumento esencial de defensa contra la corrupción y la decadencia que, al parecer, resultaban características de la vida civil. El ejército no era sólo un organismo profesional —por su preparación en la escuela alemana— sino también una “aristocracia moral”, por el sentido del honor que un tribunal, creado al efecto en 1915 y similar al que funcionaba en aquélla, se encargaba de vigilar.

Como en Alemania, la disciplina daba fuerza moral al “*Offizier Korps*” y de ésta dependía la defensa nacional “*que está por arriba de la lucha de los partidos*” políticos, sostenía el ministro Aguirre en 1908.<sup>45</sup>

Todos los miembros del ejército nacional debían apartar “*la vista de esas agrupaciones basadas en inadmisibles personalismo (los partidos) y ceñirse al riguroso desempeño de la doble y sagrada misión de todo organismo militar digno de este nombre*”; en el interior, “el mantenimiento del orden y del respeto a las leyes”; en lo exterior, como centro de reunión de “todas las energías de la Nación” para enfrentar al enemigo.<sup>46</sup>

Con semejantes obligaciones, en un país “grande como el nuestro”, el ejército debía constituir —concluía el ministro— “*como dice von der Goltz, la aristocracia de la Nación, no de la sangre, por cierto, ni la del dinero, sino una aristocracia intelectual y moral, consagrada al servicio de la Nación*”.<sup>47</sup>

La ambivalente percepción que los ejércitos suelen elaborar de la política constituye el tercer ingrediente de la mentalidad militar. El interés que aquélla despierta en los cuarteles trae consigo —como acabamos de comprobar— una visión negativa e inclusive una cierta hostilidad hacia los partidos y los políticos profesionales, basados “en inadmisibles personalismo” y fuente segura de indisciplina en el seno de la institución. Esta concepción —señala Janowitz— implica hacer la “política de querer estar por encima de la política”. Los oficiales alemanes habían llegado a la Escuela Superior para inculcar precisamente los valores del apoliticismo entre sus camaradas sudamericanos y el propio diputado Uriburu se indignaba en el recinto cuando los socialistas lo tildaban —con razón— de conservador: él, que había sido elegido para ese cargo gracias a los buenos oficios del gobernador de Salta,

44. Oberlain. “Nacionalidad”, p. 309.

45. *Ministerio de Guerra. Memoria, 1907-1908*, p. III. Orden General. Buenos Aires, 1º de enero de 1908 (Subrayado en el original).

46. José E. Rodríguez (teniente coronel). “El verbo es vida”, en *RECIMI*, año XII, Nº 113, t. XVIII, Nº 5, mayo de 1910, pp. 495-496.

47. *Ministerio de Guerra. Memoria, 1907-1908*, p. III.

Robustiano Patrón Costas, no respondía a ningún partido, se hallaba por encima de los partidos.

El ex-director creía tener buenos motivos para mirar con desconfianza a sus colegas legisladores. Cuando algunos diputados conservadores comenzaron a lanzar críticas contra la tendencia "extranjerezante" que creían advertir en la enseñanza que se impartía en la Escuela de Guerra,<sup>48</sup> Uriburu hizo una encendida defensa de ésta, de la metodología aplicada y de los profesores alemanes. Gracias a éstos se habían roto todos los moldes previos de la educación desarrollados en la Argentina porque enseñaban, sobre todo, "a pensar por sí mismos".<sup>49</sup>

Peró los enfrentamientos que el novel diputado sostuvo con los socialistas fueron, sin duda, los más violentos.

En la atmósfera dramática que el estallido de la guerra en Europa había creado, Uriburu publicó un extenso artículo en la *Revista del Círculo* dirigido a contrarrestar la campaña pacifista que realizaba el partido socialista y que desde el punto de vista de sus ideas resulta fundamental analizar con cierto detalle.

En *Socialismo y defensa nacional* el autor subrayaba, en primer lugar, las contradicciones en las que incurría el discurso socialista en aquello que más le había molestado porque reflejaba las suyas propias. Aquél reprochaba al ejército la "imitación servil" que hacía del alemán pero suponía al mismo tiempo posible "trasplantar los problemas" que agitaban al proletariado europeo a "un país desierto, sin capital y sin industrias".<sup>50</sup> Rechazaba, por consiguiente, el cargo aunque reconocía que habíamos recibido a oficiales alemanes como instructores y que los nuestros habían ido a practicar "en ese gran organismo". Nuestro ejército, sin embargo, se parecía "tanto al alemán como el huevo a una castaña."

La semejanza —descubría con mal disimulado azoramiento el diputado salteño— no era de organización, ni de espíritu ni de disciplina: radicaba exclusivamente "en el armamento y en los reglamentos de armas".<sup>51</sup>

En la perspectiva de conflicto que Uriburu hacía suya, la hostilidad, el cálculo político o la irresponsabilidad con respecto del ejército y de la defensa nacional colocaban a socialistas y conservadores en la misma bolsa.

Decidido a llamar la atención de éstos sobre los peligros que creía inminentes, Uriburu destacó ante un público tan selecto como al parecer indiferente "la imperiosa necesidad de que un país tan rico e importante como el nuestro", si no que, por el contrario, contara "con un fuerte y disciplinado ejército" que le sirviera "de segura salvaguardia".<sup>52</sup> La advertencia del conferencista se abría también al horizonte interno. En el brulote lanzado

48. *Diputados*. 8 de agosto de 1913, p. 872.

49. *Diputados*. 8 de agosto de 1913, p. 887.

50. Uriburu. "Socialismo y ...", pp. 213 y 227.

51. Uriburu. "Socialismo y ...", p. 215.

52. *AGN, AGU*. 1, 108. Nicolás Accame a Uriburu. Buenos Aires, 24 de agosto de 1914.

contra los socialistas, Uriburu apelaba a sus amigos conservadores a quienes enrostraba su casi suicida despreocupación por el ejército y a los cuales esperaba atemorizar con la predicción de un cambio social revolucionario que habría de contarlos entre sus primeras víctimas...

¿Cuál era el porvenir que les esperaba a “nuestros plácidos y tranquilos conservadores”? “El problema militar —respondía ‘von Pepe’— está íntimamente ligado a su suerte. Si esperan en la inacción, tendrán muy pronto que transformarse de martillos en yunques.”

La elite dependía ya —ése era el mensaje magnificado del autor— de la subsistencia del ejército, el último obstáculo que impedía el triunfo de la rebelión socialista:

“Siendo el ejército la única fuerza organizada que la sociedad actual podría oponer a las multitudes solidarizadas en un impulso revolucionario, lógico es que el socialismo busque debilitarla por todos los medios para encontrarla inerte e incapacitada en la hora precisa.”<sup>53</sup>

## *Conclusión*

Ha sostenido Alain Rouquié que la escuela alemana produjo sobre el cuerpo de oficiales argentino un impacto ideológico indirecto y global al mismo tiempo.<sup>54</sup> La institución adoptó, en efecto, un modelo cultural —el prusiano— en un país cuyos dirigentes miraban hacia Francia y hacia Gran Bretaña. Todo conflicto suscitado entre Alemania por un lado y la entente franco-inglesa por el otro debía conducir a una crisis de las relaciones entre el ejército germanófilo y la oligarquía anglófila y pro-francesa.

El prestigio reconocido del que gozaba el ejército alemán se proyectó así sobre los discípulos argentinos y dio a éstos un orgullo y una cohesión de la que hasta entonces habían carecido. Los nuevos oficiales, no importa cuáles fuesen sus relaciones con el grupo dominante, tuvieron desde ese momento la sensación de pertenecer a una elite también ellos, una especie de elite independiente.

El factor señalado por Rouquié agravó sin duda el distanciamiento que ya existía con anterioridad al comienzo de la Gran Guerra entre el ejército profesionalizado y germanizado y la elite socio-económica pro-aliada. Las razones que explican este fenómeno no se vinculan exclusivamente —como supone el autor francés— con la nacionalidad del modelo sino con la conciencia de las necesidades que demandaba un ejército profesionalizado. Mientras el mundo entero se armaba hasta los dientes, el ejército argentino que creía haber hallado por fin su modelo definitivo —“el mejor del mundo”— chocaba con la indiferencia culposa de la elite gobernante.

53. Uriburu. “Socialismo y ...”, pp. 226-227.

54. Rouquié. *Poder militar...*, p. 96 y ss.

Como líder de la escuela moderna, Uriburu condujo la campaña destinada a concientizar a la clase política sobre las necesidades de la defensa y de profundizar la reforma de la institución sobre el modelo prusiano. Durante su transcurso el militar deslizó juicios sobre la relación que esa elite mantenía con el ejército y con la sociedad cuya importancia no resulta inoportuno destacar.

El ex-revolucionario del Parque y futuro del 6 de setiembre de 1930, descubrió, en primer lugar, que aquélla no valoraba lo suficiente el papel de custodio del orden social que el ejército tan naturalmente se atribuía a sí mismo. El escudo armado que habría de oponerse al avance de la turba revolucionaria en las puertas mismas de la fortaleza oligárquica apenas si era tenido en cuenta por sus despreocupados ocupantes. Estos, como buenos políticos, también ellos profesionales, estaban amablemente absorbidos por la lucha cotidiana que libraban en torno del poder las facciones de la elite a las que ni siquiera la perspectiva de la derrota en las elecciones por primera vez sin fraude lograba unir o por lo menos aquietar.

La política no sólo distraía a la clase patricia de sus obligaciones sino que introducía factores de inestabilidad adicionales que por lo frecuentes se volvían ellos sí permanentes. Las crisis de gabinete, las renunciaciones, las negociaciones de la política criolla, restaban continuidad a una política militar que nunca había sido tal. Por eso circuló el proyecto de separar<sup>55</sup> —como ocurría en Chile copiado de Alemania— las funciones militares, colocadas en manos de un futuro inspector general del ejército (cargo que entre 1923 y 1926, por decisión de un gobierno radical, ocupó precisamente el general Uriburu), de las político-administrativas que conducía un ministro parado siempre sobre una cuerda floja.

Uriburu extrajo conclusiones más extremas, todavía, de las sucesivas renunciaciones a asumir sus responsabilidades que la elite ensayaba con éxito en el terreno militar, social y político.

Como clase dominante, los patricios habían fijado con mano firme desde 1880, el rumbo que siguió la sociedad argentina. Hacia 1914, los "notables" habían perdido su vitalidad y ya no constituían la vanguardia de la transformación; no eran ni siquiera los eficaces conservadores de lo ya realizado. Si los socialistas buscaban destruir al ejército porque —según Uriburu— se erigía como la única fuerza organizada que la sociedad del Centenario podía oponer a las masas obreras y no a la elite era porque aquéllos habían advertido con razón que ésta no cumplía ya función alguna. En su reemplazo, para salvar el estado nacional en peligro de disolución y también el orden social cuestionado estaba el ejército... es decir, una nueva clase dirigente.

El turno "de los mejores de la Nación" como los calificó Leopoldo Lugones en frase que no fue feliz y la "hora de (desenvainar) la espada" llegaron en 1924. La espada estaba forjada y esperando desde hacía una década.

55. Benedicto Ruza (capitán). "Una cuestión interesante de organización", en *RECIMI*, año XIII, t. XX, Nº 149-150, mayo-junio de 1913, Nº 5 y 6, p. 382.

## RESUMEN

*El artículo se propone contribuir al análisis de los orígenes del poder militar en la Argentina en el decisivo período que media entre el renovado proceso de modernización del ejército nacional ocurrido a principios de siglo bajo la influencia de la escuela militar alemana y el estallido de la Gran Guerra en 1914.*

*Si la revolución de setiembre de 1930 marcó el acta de nacimiento de la era militar que concluyó en 1983, la intención que subyace en la presente investigación es destacar que la génesis de aquél se encuentra en el período oligárquico, es decir, antes del advenimiento de Hipólito Yrigoyen al gobierno por obra de la ley Sáenz Peña en 1916.*

*A la conformación de la "mentalidad militar" que habilitó al ejército para desarrollar un creciente intervencionismo en la esfera de la toma de decisiones políticas, contribuyeron fuertemente diversos factores entre los cuales no fueron de menor peso el impacto que ejerció la doctrina militar alemana, la cada vez más compleja relación política y económica que la Argentina comenzaba a mantener con el mundo y con sus vecinos y, por fin, el sentimiento de temeroso nacionalismo que asaltó a las clases media y alta nativas en vísperas del estallido de la Primera Guerra Mundial.*

## ABSTRACT

*This article proposes to make a contribution to an analysis of the origins of military power in Argentina in the decisive period between the renewed modernization process in the Argentine army at the beginning of the century under the influence of the German military school and the outbreak of the Great War in 1914.*

*If the revolution of September 1930 marked the birth of the military era which ended in 1983, the purpose behind this research is to stress the fact that the genesis thereof can be found in the oligarchic period, i.e. prior to the arrival in government of Hipólito Yrigoyen as a result of the Sáenz Peña Law in 1916.*

*Various factors made a strong contribution to the development of the "military mentality" which allowed the army to exercise increasing interventionism in the sphere of political decision-making. These factors included the impact of German military doctrine, the increasingly complex political and economic relationship Argentina was starting to develop with the world and with its neighbours and finally the feeling of fearful nationalism that affected the Argentine middle and upper classes on the eve of the outbreak of the First World War.*